

La primera lectura de hoy, del segundo libro de Samuel, capítulo doce, concluye la historia detallada del Rey David y Betsabé. La historia es larga. La conclusión es corta. La historia comienza en el capítulo once. El ejército de David está luchando una guerra contra los amonitas mientras que David, el rey, se queda en casa en Jerusalén. Una tarde David se levanta de una siesta y da un paseo en el tejado de su castillo. Es un tejado plano con un parapeto, perfecto para David y sus guardias para ver lo que está ocurriendo en todas partes alrededor del castillo. A lo lejos David ve una hermosa mujer que se está bañando. La mujer debe pensar que ella se está bañando en privado, pero David está allí mirándola hacia abajo. Él se entera que la mujer está casada con Urías, uno de sus oficiales en la guerra, pero el Rey David ordena que se la trajeran al castillo y él tiene relaciones sexuales con ella. Así, David comete el pecado con la mujer, contra su marido, y contra Dios. Tal vez nadie más que la mujer y Dios hubieran sabido del pecado de David, excepto que la mujer quedó embarazada. David trata de encubrir su pecado llamando a Urías de la guerra y enviándolo a su esposa. Pero Urías es un hombre de principios que no va a ir para disfrutar de una noche con su esposa cuando sus hombres están en el campo.

Si una persona no se arrepiente de un pecado, entonces un pecado tiende a inducir a otro y a otro. Después de tratar dos veces para hacer arreglos para que Urías fuese a su esposa, David envía una orden que Urías debe morir durante la batalla. Eso fue fácil para David ordenar. Él es el rey. A la orden de David, su general ordena a todos los otros soldados a retroceder, dejando a Urías solo como un blanco fácil para los arqueros en la muralla de la ciudad. Urías es asesinado. Así, David es culpable de tanto adulterio como asesinato. Después de enterarse de la muerte de Urías, David se casa con Betsabé. Quizás piensa que él se ha salido con la suya, pero Dios ve lo que está sucediendo. Él le envía a David el profeta Natán, quien le cuenta a David una historia sobre un hombre pobre que tenía un corderito y un hombre rico que tenía muchos rebaños. Cuando el hombre rico quería dar un banquete, en vez de escoger uno de los muchos que poseyó, él tomó el único corderito del hombre pobre y mandó a matarlo y lo hizo preparar para el banquete del hombre rico.

«¿Qué debe hacerse?» Natán le pregunta a David. Con gran indignación, David dice que el hombre merece morir y debe pagar cuatro veces por lo que ha hecho. Natán le dice, «Ese hombre eres tú». Dios te ha hecho rey. Él te ha dado la riqueza y la victoria sobre sus enemigos. Pero haz despreciado al Señor por el robo de la esposa de uno de tus sirvientes y por haberlo mandado matar por el enemigo. Ahí es donde la primera lectura de hoy comienza. Como escuchamos hoy, la conclusión es rápida. David simplemente dice, «¡He pecado contra Dios!» Y Natán le responde, «El Señor te perdona tu pecado. No morirás». Aquí tenemos una historia de pecado inmenso, pero porque David se arrepiente, él es rápidamente perdonado por el Señor.

Vemos una situación similar en el Evangelio de hoy. La mujer que unge a Jesús en casa del fariseo Simón es conocida por todos como una pecadora. No se nos dice cual fue su pecado, sólo que es públicamente conocida como una pecadora. Su reputación era tal que la gente la evita. Y es esta mujer que está tocando a Jesús, bañando a sus pies con sus lágrimas, secándolos con sus cabellos, y ungiéndolos y besándolos. Sus acciones son las de una persona que está buscando el perdón, y Jesús la perdona de inmediato.

Él hace lo mismo para nosotros. Como el Padre Richard Rohr escribió en un folleto llamado «Catholic Update»:

El gran tema central de la Biblia . . . es gracia, el favor de Dios. El amor de Dios es literalmente inimaginable. ¿Por qué, podemos preguntarnos, está Dios tan dispuesto a perdonarnos? ¿Por qué es tan misericordioso y amoroso y generoso? Supongo que la respuesta es porque él es Dios, y esa es su naturaleza.

Además, yo sé que no hay nada que podemos hacer para merecer el amor y misericordia de Dios. Su amor no tiene nada que hacer con nuestro débiles esfuerzos a ser santos. El amor y la misericordia de Dios no tiene nada que ver con que nos golpeamos a nosotros mismos cuando reconocemos a nuestros pecados y fracasos. El amor y la misericordia de Dios no tienen nada que ver con nuestra inteligencia, nuestros logros, nuestras familias o nuestra formación, nuestro país de origen o nuestras riquezas. Como el Padre Rohr escribió, « El amor de Dios es literalmente inimaginable. . . . es su naturaleza».

David era un rey; la mujer en el Evangelio era públicamente conocida como una pecadora. Cuando ellos se arrepintieron, Dios perdonó a los dos igualmente. Todo lo que pide de nosotros para que recibamos el don de su amor y su misericordia, su gracia, es que aceptemos ese gran don. ¿Podemos aceptar el amor de alguien sin amar a cambio y como Jesús pregunta de nosotros, amar a los demás como él nos ama?

Él día de hoy es el día de los padres, un día cuando honramos a nuestros padres especialmente, no porque son perfectos pero porque ellos, como la mayoría de nosotros, han hecho lo mejor que pueden. Trabajaron duro y a menudo sacrificaron mucho por nosotros. Y así, este día, los recordamos y los honramos. También recordemos nuestros padres espirituales y demos gracias a Dios por ellos, y especialmente expresemos nuestra apreciación por el Padre John. Que Dios nos ayude a aceptar y expresar el amor y el perdón que nuestro Padre Dios tan libremente y abundantemente ha dado a todos nosotros.